

Crónica de un homenaje.

El narrador, convertido en paseante dominguero, se dirigió al parque donde se encuentra el monumento a Campoamor. Quería dar las gracias al poeta porque a él le debía el grato fin de semana vivido en la ilustre villa de Navia. Don Ramón, desde su pedestal de piedra, esbozó una sonrisa y guardó silencio.



El narrador se fue, pero no sin prometer que no sería la última vez que se veían. Antes de retornar al seno de Modestina para tomar un frugal refrigerio, contempló una vez más, la última ese día, el lentísimo caminar del río, a punto de encontrarse con el mar. Después, el retorno a la rutina y el fin de la aventura.

Hacia apenas veinticuatro horas que había tenido lugar el homenaje que los autocaravanistas habían querido tributar a Campoamor con motivo del segundo centenario de su nacimiento.

La cosa no pudo comenzar con peores presagios. En la noche anterior al viernes, 15, a una hora en la que solo los insomnes y los búhos están en vela, al narrador le dio por encender la televisión, eligiendo un canal de noticias. Si, en lugar de esa opción, se hubiese conformado con contemplar una película de gánsteres asesinos, de zombies comedores de todo bicho viviente, niños y ancianos incluidos, de indios acorralando y asaeteando a indefensos granjeros, de parejas entregadas al sexo furioso, las cosas hubieran discurrido por los cauces de la placidez habitual, próxima al tedio. Pero no. Tenía que ser un canal de noticias, elemento perturbador donde los haya. Y lo que vio y escuchó en ese noticiero le dejó aterrado. No hay que olvidar que en la noche todos los gatos son pardos, todos los fantasmas andan sueltos y todas las zozobras se convierten en pesadillas insoportables. Lo que vio fueron unos dibujos de negros nubarrones de los que se desprendía una especie de pequeños puntos que bien pudieran significar gotas de lluvia, copos de nieve o lágrimas de los condenados, y acompañado de una nube tupida de flechas, como si Jerjes, el bárbaro persa, volviese a atacar a los espartanos en el paso de las Termópilas. Vio también una serie de rectángulos unidos y teñidos de colores que iban del azul oscuro al blanco, del rojo al verde o algo así. Lo que oyó no era menos alarmante: se anunciaban lluvias intensas, vientos de no sé cuántos kilómetros por hora, olas gigantescas. Eolo y Poseidón fuera de sí. Y todo ello aparecía sobre el camino que

habría de seguir cuando se hiciese el día. El narrador se vio circulando por la carretera que va hacia el oeste como un pelele en manos de los elementos desatados, igual que las “hojas del árbol caídas (que) juguete del viento son”, trazando una danza macabra de un lado al otro de la autovía, sobre puentes colosales. Presa del terror se acurrucó en la cama, sin pegar ojo durante el resto de la noche. Así y todo, decidió que, aun aceptando que pudiera ser su último viaje, iría a Navia. De él dependía que se celebrase el homenaje al poeta, y don Ramón y la ilustre villa bien merecían el sacrificio. El narrador se puso trágico, aceptando como muy probable la más fatal de las soluciones y, recordando de nuevo a Espronceda, a quien don Ramón consideró su maestro, murmuró para sí: “Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?”.

La cosa no fue para tanto; en realidad, la cosa no fue para nada. A lo largo del camino, la lluvia se conformó con hacer acto de presencia a intervalos, y el viento, el temible viento, no pasó de ser una suave caricia para las copas de los árboles.

Navia recibió al narrador como siempre, acogedora y tranquila. Pese a haber estado allí con frecuencia, no dejó de llamarle la atención su vitalidad, el bullicio de sus calles, la animación de sus lugares de esparcimiento, la profusión y elegancia de sus tiendas. Y todo ello, así como la verde placidez de su entorno, recordó al narrador que ya don Ramón la había calificado como “de Asturias la región más bella”.

En el aparcamiento reservado para las autocaravanas ya había media docena de colegas. Comida, siesta, paseo y últimos toques en la preparación de los actos del día siguiente, día al que se llegó después de una noche en la que, a ratos, la lluvia o el granizo, usando el techo de Modestina a guisa de parche de tambor, ofrecieron un concierto de percusión de mil demonios.

Una hora antes del comienzo del homenaje, las personas que habrían de recitar los versos del poeta ya ensayaban concienzudamente sus papeles en el salón de plenos del Ayuntamiento naviego, generosamente cedido por la corporación. El narrador, convertido en maestro de ceremonias, daba algunas instrucciones, siempre atendidas con disciplina, en tanto iban llegando poco a poco los asistentes. A la hora señalada para el inicio de la ceremonia todo el mundo estaba sentado expectante. Habían anunciado su presencia el alcalde, Ignacio García Palacios, y el concejal encargado de los asuntos, entre otros, culturales, José Gonzalo Asenjo Palmerola, atención muy de agradecer. Llegados que hubieron, comenzó el acto.

Palabras de bienvenida y de agradecimiento de José Luis, nuestro presidente. Palabras de saludo y de bienvenida de Ignacio, alcalde de los naviegos y en ese momento nuestro alcalde, que acompañó tales palabras, más o menos protocolarias como es costumbre, con atinadas y sabias reflexiones sobre el momento actual del autocaravanismo, del que él es un reconocido defensor.

Correspondió el turno luego al narrador, ahora en funciones de presentador. Expuso primero la secuencia de los actos singulares que tendrían lugar a continuación y que consistirían sencillamente en el recitado de algunas de las poesías escritas por don

Ramón, y presentó después, apresuradamente porque el tiempo no daba para más, al propio poeta. De este se limitó a mencionar los que a su juicio habían sido los hitos más destacables de su biografía: su nacimiento en Navia un 24 de septiembre de 1817 y su fallecimiento en Madrid un 12 de febrero de 1901; sus estudios de Filosofía en Santiago de Compostela y de Medicina en Madrid, donde se instaló definitivamente en 1835, estudios ambos abandonados a poco de comenzar; su opción por la creación literaria, aunque fue la poesía la que se llevó por fin el gato al agua, ya que como poeta y solo como poeta es admirado y recordado; su entrada en el mundo de la cosa pública, campo en el que desempeñó actividades de representación (diputado y senador por diversas circunscripciones) y de gestión (jefe político, gobernador, director general); su matrimonio con Guillermina O’Gorman; la adquisición de la dehesa que más tarde llevaría su nombre; sus duelos; su ingreso en la Real Academia; las visitas de Rubén Darío y la conocida Décima que le dedicó (“Este del cabello cano...”), y de Clarín; su negativa a asistir a la inauguración del teatro de Oviedo, también bautizado con el nombre del poeta a iniciativa del autor de *La Regenta...*

Abrió a continuación el desfile de los recitadores el alcalde, al que siguió el concejal. Entre ambos leyeron el poema *Al río Navia*. Voz pausada, reflexiva, dicción nítida, entonación solemne. Ante el auditorio atento fueron desfilando las imágenes que al niño Ramón le ofrecía el río de su infancia, imágenes a menudo engañosas, falaces, deformadas por el reflejo del agua, en las que se atisba, solapada, la metáfora universal del río como nuestra vida, que va a dar a la mar, *que es el morir...* (¿A cuántos poetas habrá inspirado Jorge Manrique con sus *Coplas* de otro mundo?). Leamos *Al río Navia* con parsimonia porque dice muchas cosas.

Convincentes y teatrales en sus justos límites, José Luis e Isaac nos trasladaron a Corinto, donde en algún momento anterior en más de trescientos años a nuestra era se encontraron Alejandro Magno y Diógenes el Cínico, el primero, dueño ya de toda Grecia y a punto de serlo de casi todo el mundo conocido, y el segundo, filósofo de Sinope tirando a estrafalario. El diálogo que hubo entre el altivo y el sin ley no tiene desperdicio, y sus aspectos filosóficos, políticos, morales habría que abordarlos en otro momento y por alguien más capaz que el modesto narrador. En todo caso, parece lícito y oportuno preguntarse por qué el sabio y sesudo Campoamor eligió a un perfecto antisistema como protagonista de una de sus más conocidas doloras, *Las dos grandezas*.

Jovencita enamorada y cura sabelotodo tienen que ponerse de acuerdo en lo que la primera quiere decirle a su novio ausente, porque ella no sabe escribir y él, al fin y al cabo, es un cura. Un cura, eso sí, con cierta manga ancha porque no tiene problema en admitir que sin el mocín para la niña el mundo es un valle de amargura y con el mocín es un edén. Pero, por mucho que quiera ponerse en lugar de la apasionada muchacha, el cura no puede permitir que esta prefiera morir, si su amor no vuelve. Eso no, que es pecado. Ella no lo acepta y se tira por las paredes porque no sabe escribir. *¡Quién supiera escribir!* Rita y Jovino lo bordaron.

Parece indiscutible que la dolora es el género poético preferido por don Ramón. ¿Y qué es una dolora? Una composición poética que su autor incluyó en este género. Así

de sencillo, así de perogrullesco, pero la culpa la tienen los sabios que han escrito sobre esto y que no consiguieron ponerse de acuerdo. Junto a las doloras, el recital de Noni y Manolo contenía también algunas humoradas. Don Ramón definió la humorada como “un rasgo intencionado”, definición que tampoco es que aclare mucho, pero no tenemos otra. Son composiciones muy breves, sentenciosas, en las que hay quien encuentra un precedente de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna. La cosa no puede pasar de aquí porque el narrador ni es ni quiere ser ni puede ser un profesor de literatura. Noni y Manolo, muy en su papel, consiguieron introducir al auditorio en este peculiar mundo poético de Campoamor.

En enero de 1882 se inauguró el Centro de Asturianos en Madrid con la presencia, nos dice Lombardero, de la flor y nata de los asturianos residentes en la Villa y Corte (Posada Herrera, Alejandro Pidal y Mon, el conde de Toreno...). Nuestro poeta también estuvo allí y con tal motivo leyó, entre otras poesías, *El gaitero de Gijón*. Ya se sabe: cuenta la historia del pobre gaitero, que no tiene más remedio que acudir al baile para entretener a las mozas y a los mozos, pese a que acaba de enterrar a su madre, y que, mientras sopla y llora, ha de poner cara de risa. Alfredo llevó a su lectura la pasión necesaria para que todos nos hiciéramos partícipes del dolor del músico.

Iba mediado el siglo XIX cuando en las tierras de España y del mundo apareció un ser monstruoso, especie de gusano metálico descomunal, que se desplazaba a velocidad nunca vista, escupiendo humos y centellas y atronando con rugidos escalofriantes. Era el tren. No cuesta trabajo imaginar la impresión que hubo de causar en los lugareños la presencia ante sus narices de esa cosa de hierro, ruidosa, fugaz, verdadera criatura infernal salida de las fraguas de Vulcano. Recuerda el narrador haber leído, no sabe ahora dónde, una especie de copla nacida con motivo de la aparición del ferrocarril, que no deja de tener gracia. Decía, más o menos, así:

*Porque es tanta la violencia
que lleva el ferrocarril,
que en veinte horas se planta
desde Gijón a Madrid.*

Campoamor recogió en unas cuantas estrofas de su poema *El tren expreso* las sensaciones que traía a su mente de poeta la visión del artilugio. El narrador había considerado que muy bien las podía recitar un amigo que había sido ferroviario, pero éste prefirió que lo hiciese su mujer, la del ferroviario, no la del narrador. (*La mujer del ferroviario*, ¡qué título para una novela de Simenon!). La elección de Dulce fue un gran acierto y ante su vibrante declamación todos nos sentimos ligeramente sobrecogidos, como si una máquina vociferante pasase rauda arrojando centellas al otro lado de la ventana.

Así terminaron los actos del homenaje, pero no acabó todo. El Ayuntamiento tuvo la gentileza de obsequiarnos en la nave del puerto con lo que en lenguaje coloquial se llama “pincheo”. Allí estaba, en funciones de anfitriona, la concejala Rita María Irusta, repartiendo incansable sonrisas y canapés. Nunca agradeceremos lo suficiente a Rita, y en

su persona al Ayuntamiento, su apoyo para la celebración del homenaje. Sin su colaboración este no hubiera sido posible.

Hasta pronto.

Navia-Oviedo. Diciembre de 2017.